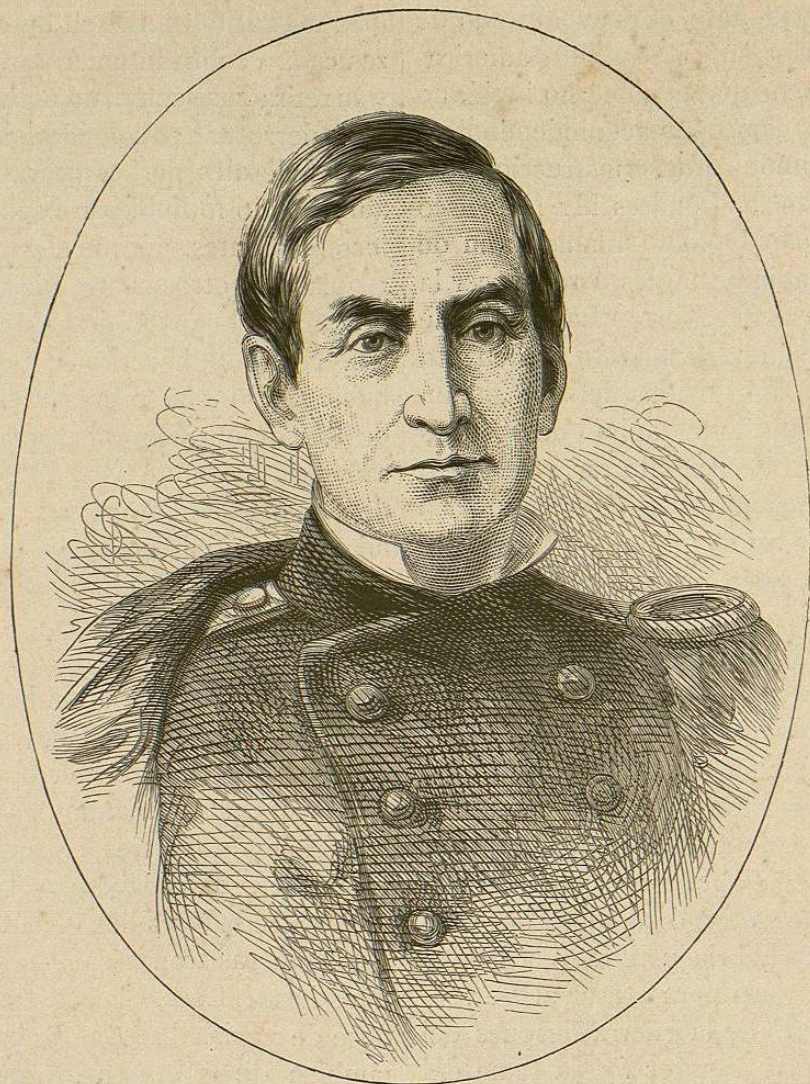


tud de la empresa que debían llevar á cabo, estimulándolos á la vez para proceder con más energía. Así lo comprendió el Presidente Lincoln, que sin perder tiempo pidió medio millón de hombres más; tal era la confianza que tenía en el pueblo del Norte y en sí mismo, que cuando pidió autorización para emplear todos

los medios posibles, á fin de que la guerra fuese «decisiva y corta,» el Congreso aprobó casi por unanimidad todas las peticiones de hombres y dinero que se juzgaron necesarias para dominar al Sur.

Sin embargo, por el pronto agravábanse los peligros que rodeaban á la República en aquel



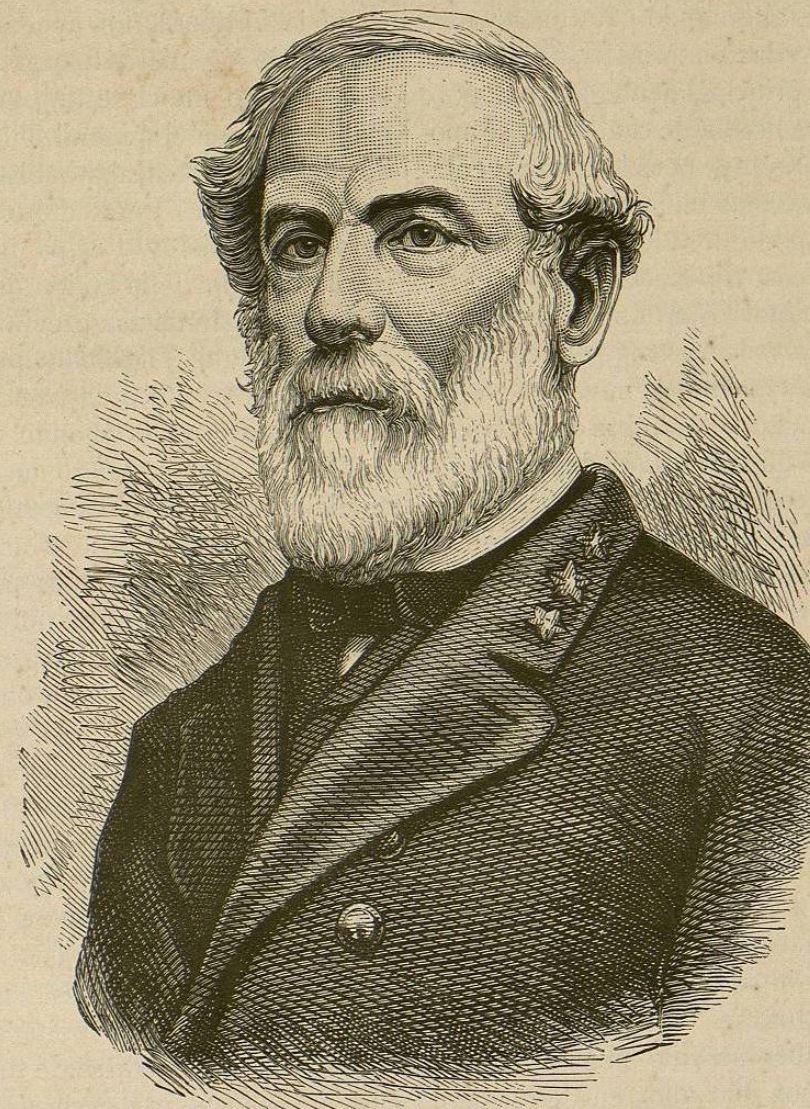
El mayor Anderson, comandante del fuerte Sumter

triste período de su historia, y á cada paso presentábanse nuevos contratiempos. No fué el menor de estos últimos la dimision del coronel Roberto Edmundo Lee, oficial de ingenieros muy distinguido, en quien siempre habia tenido mucha confianza el general Scott. Lee era natural de Virginia, y estaba emparentado por su casamiento con la familia de Washington; nacido en 1807, ingresó en 1825 en la Academia Militar de West Point, y era hijo del general del mismo nombre, que se habia distinguido en la guerra de la independencia. Durante la guerra con México, Roberto Edmundo Lee obtuvo el grado de jefe del cuerpo de ingenie-

ros, fué herido en la batalla de Chapultepec y prestó tan eminentes servicios, que obtuvo diversos grados. Algunos años más tarde, acompañó á Mac Clellan á Crimea, para dar cuenta al gobierno americano de las operaciones militares de los ejércitos aliados en Sebastopol; y de vuelta á su país natal, retiróse de la vida pública. Lo que él consideraba como la causa de su Estado le impulsó á ofrecer de nuevo sus servicios; sus hechos de armas en la guerra civil de América demostraron que tenia grandes disposiciones para el mando en jefe; pero su fama hubiera sido más pura si hubiese desenvainado la espada en favor del gobierno que

debía apoyar. Lee tardó sin embargo en decidirse, y habia aceptado al fin en el Norte el cargo de coronel de caballería; pero cuando ingresó en la Confederacion, Lee creyó de su deber, por pundonor, ponerse á disposicion del Estado donde habia nacido. Debe advertirse que tambien le sedujo mucho la

promesa que se le hizo de nombrarle jefe de todas las fuerzas de mar y tierra de Virginia. Lee solicitó una entrevista del general Scott, y dos días despues escribió al comandante en jefe remitiéndole su dimision y diciendo entre otras cosas, que debia atender ante todo al llamamiento de su país natal. Poco despues ha-



Roberto Edmundo Lee, general en jefe del ejército separatista

llábase al servicio de la Confederacion, gobernada por Jefferson Davis.

A pesar de todo, los federales no se desanimaban, y no pasó mucho tiempo sin que el éxito favoreciera algo más sus operaciones militares. Cuando al fin del año su ejército llegó á contar 640,000 combatientes, estas fuerzas se hallaban ya distribuidas en las posiciones que se creyeron más ventajosas para realizar los planes proyectados.

Entre los principales peligros que entonces amenazaron al gobierno de Lincoln, uno de ellos fué el de que su capital cayera en poder

de los confederados; pero se pudo evitar gracias á la energía y prontitud con que obró el general Wool, quien no sólo habia reunido considerables fuerzas y un gran número de armas en Washington, sino que envió tropas á diversos puntos del país para contener los movimientos del enemigo. Las perturbaciones que entonces agitaban al Maryland, donde se temia una invasion de los confederados, fueron sofocadas por el general Butler, que así entonces como más tarde, en la toma de Nueva Orleans, dió pruebas de su pericia militar, aunque no habia seguido la carrera de las armas. Butler,



en otro tiempo abogado de Massachussets, sólo había tomado parte en la guerra por afición; pero, hombre de carácter resuelto y audaz, fué uno de aquellos soldados del momento que debían distinguirse por sus relevantes cualidades.

Durante el año 1862, confederados y federales empeñaron varios combates en que se luchó encarnizadamente, alternando para unos y para otros las derrotas y las victorias. Una de estas últimas se debió principalmente al comodoro Foote, que con una flotilla de cañoneros se apoderó del fuerte Enrique, posición muy ventajosa que los separatistas tenían bien defendida y cuya posesión permitió á los federales mantener expedito el paso de sus barcos por el río Tennessee. El general Grant apoyaba por tierra á la flotilla, pero poco tuvo que hacer, pues el combate fué principalmente naval.

Ya que hemos citado el nombre del comodoro Foote, creemos que no estará demás reproducir aquí un ligero apunte biográfico sobre este personaje, que tanto se distinguió por los eminentes servicios prestados á su país y cuyo nombre debe figurar en la lista de los héroes de la República americana.

Andrés H. Foote, natural de Connecticut, entró á servir en la armada como guardia marina en 4 de diciembre de 1822, y en 19 del mismo mes de 1852, hasta cuya fecha no dejó un momento el servicio activo, fué nombrado comandante, con motivo del ataque que dieron los americanos á los fuertes de China en 1856. Foote mandaba la escuadrilla, y demostró su arrojo, situándose con su buque bajo la boca de los cañones enemigos.

Después de haber servido mucho tiempo como marino y unos diez años en tierra, pero siempre en clase de empleado del departamento naval, se le nombró jefe del arsenal de Brooklyn en Nueva York; al principiarse la guerra, confiriósele el grado de capitán y se le encargó que organizase la flotilla de cañoneras en San Luis y el Cairo, pues urgía emprender las operaciones en los ríos de Occidente. Para cumplimentar esta orden era preciso vencer numerosas dificultades y obstáculos, pero Foote demostró en esto tanta actividad como energía, y el buen éxito que se obtuvo fué un triunfo para él, pues se le debieron todas las ventajas obtenidas luégo.

Nos extenderíamos demasiado si hubiéramos de seguir paso á paso la brillante carrera del comodoro Foote y reproducir en detalle todos

los hechos de armas en que tomó parte mientras estuvo al servicio de su país. Uno de los combates que más contribuyeron á su nombramiento fué el que tuvo lugar en la toma del fuerte Enrique, de que ya hemos hablado. En este hecho de armas ocurrió un incidente que basta para apreciar el valor de aquel jefe y su energía. Cuando los separatistas arriaron la bandera de la fortaleza, un ayudante general y un capitán de ingenieros fueron á conferenciar con el comodoro en clase de parlamentarios, para manifestar que el general Tilghman, gobernador del fuerte, deseaba hablar con el jefe de la flota; y entonces Foote dió orden á los comandantes Stembel y Phelps para que fueran á izar la bandera de la Union donde flotaba ántes la de los separatistas, previniéndoles anunciaran al general Tilghman que podía pasar al buque del jefe. Poco después llegó el gobernador del fuerte, y entregando su espada á Foote le dijo: «Capitán, tengo una satisfacción en rendir mi acero á tan valeroso oficial;» á lo que contestó el comodoro: «Haceis muy bien en rendiros, caballero; pero os aseguro que ántes de hacer yo lo mismo, hubiera sido preciso que volarais todos mis buques.» Foote, sin embargo, al extender su parte oficial, habló en términos muy lisonjeros del general Tilghman, elogiando su valor en la defensa del fuerte.

Entre los varios reveses que en este año sufrieron los federales, el más importante fué el ocurrido en el verano de 1862, cuando el grande ejército del Norte, que se llamó del Potomac, al mando del general Mac Clellan, se dirigió hácia Richmond, residencia del gobierno de la Confederación y capital del Sur, con la esperanza de apoderarse de dicha ciudad. Después de una serie de encarnizados y sangrientos combates que se sucedieron desde el 25 de junio hasta el 1.º de julio, Mac Clellan hubo de abandonar sus posiciones, sufriendo una pérdida de 15,249 hombres y 25 cañones, según sus partes, pues los confederados aseguraron que la derrota había costado mucho más cara á sus enemigos. Los separatistas, en cambio, hicieron levantar el sitio de Richmond, salvando así la ciudad, y apoderáronse de un inmenso número de armas y municiones, aunque no sin sensibles pérdidas también. Este descalabro valió á Mac Clellan severas censuras, acaso más de las que merecía, pues, hombre de carrera militar, estuvo encargado mucho tiempo ántes del mando de un distrito, era soldado por educación, y más de una vez dió pruebas de su pericia. Des-

pues de su derrota, Mac Clellan fué separado del mando por acuerdo del Presidente, quien juzgó que la lentitud de los movimientos de este jefe y sus continuas vacilaciones eran la causa principal de que fracasaran sus planes. Por otra parte, Mac Clellan era muy popular en el ejército, y como además profesaba opiniones democráticas, temíase de su parte una dictadura militar. Su despedida del ejército fué muy conmovedora, pues sus tropas le querían mucho, y no pocos se quejaron de que la medida adoptada respecto á este jefe era injusta. Mac Clellan abandonó el campamento cuando hubo llegado su sustituto, y acompañado de algunos amigos emprendió la marcha en dirección á Washington, donde se proponía permanecer sólo algunas horas, siendo recibido á su paso en todas partes con entusiastas aclamaciones. El jefe que debía sustituirle en el mando, el general Burnside, era hombre muy notable, que bien merece una ligera reseña biográfica.

El general Ambrosio Everett Burnside, nació en Libertad, condado de la Union, en 23 de mayo de 1824. En 1842, á la edad de diez y nueve años, ingresó en la Academia militar de West Point, donde se graduó en 1847, habiéndosele conferido después el empleo de teniente segundo del cuerpo de artillería de los Estados Unidos. En el mes de setiembre del mismo año pasó al tercer regimiento para servir bajo las órdenes del capitán Bragg, quien fué más tarde uno de los primeros generales de la Confederación, y después marchó con la división del general Patterson á México, donde permaneció hasta la conclusión de la guerra. En esta campaña tuvo que marchar muchas veces contra los indios de Nuevo-México, y en agosto de 1849 distinguióse en una escaramuza con los apaches, ocurrida en el sitio llamado Las Vegas. Por su valor y arrojo en aquella ocasión se le ascendió á primer teniente.

En la comisión elegida para fijar los límites entre México y los Estados Unidos, Burnside fué nombrado inspector, y en 1851, siendo portador de unos despachos del coronel Graham al presidente Fillmore, realizó el memorable hecho de haber recorrido á caballo, sin más escolta que tres hombres, una distancia de mil doscientas millas, en solos diez y siete días, atravesando una región poblada de indios hostiles. Burnside se encargó luégo de la custodia del fuerte Adams, pero al igual de muchos de nuestros oficiales, era de carácter emprendedor, y no gustándole una vida tan poco activa, dimitió su

cargo en 1853 para buscar en la carrera civil una ocupación más de su gusto.

Habiendo inventado al poco tiempo un nuevo rifle de los que se cargan por la culata, consagróse exclusivamente á perfeccionarlo durante la administración de Buchanan, pues el Secretario de la Guerra, Floyd, le había prometido que lo adoptaría el gobierno, si bien es verdad que aquel poco escrupuloso ministro hizo luégo un contrato con otro inventor que le ofreció una parte en las ganancias, y por esta razón no adoptó el gobierno el rifle de Burnside. Esto privó al futuro general de las utilidades que esperaba obtener, ocasionándole grandes pérdidas, pero en cambio su hermano tuvo más suerte y fué favorecido por el gobierno, quien le compró un considerable número de rifles.

Burnside desempeñó luégo el cargo de presidente de la Junta de ferrocarriles de Illinois, y entonces hizo que su esposa, con quien se había casado en Bristol, se trasladara á Chicago, donde reanudó sus relaciones con el general Mac Clellan, asociado también en la Compañía de los caminos de hierro de Illinois. Burnside fué nombrado poco después tesorero de ésta, y se trasladó á Nueva York, donde residía cuando el gobernador Sprague, de Rhode-Island, le invitó á encargarse del mando del primer regimiento de voluntarios de aquel Estado. Habiendo servido ya como mayor general de la milicia cuando se hallaba en Bristol, Burnside aceptó desde luégo la oferta y marchó con su regimiento á Washington; durante los días de ansiedad y alarma en que la capital estuvo en peligro, distinguióse no sólo por su actividad y energía sino por lo bien que sabía disciplinar sus tropas. En la desastrosa batalla de Bull-Run mandaba la vanguardia como brigadier general, dando pruebas de una gran intrepidez, y si todos hubieran seguido su ejemplo, acaso la derrota se hubiese convertido en victoria. Supónese que él fué quien insistió en demostrar que el ejército del Potomac no reunía suficientes condiciones para atacar á un enemigo atrinchado.

Reconociendo el gobierno desde luégo el mérito de Burnside, confirióle á poco el grado de mayor general, y á no dudar, no hubiera podido confiarse el mando de la tercera expedición contra los separatistas á un hombre más competente que él.

Burnside tenía todas las cualidades del héroe popular: alto, de agradable aspecto y de marcial continente, era tan hábil jinete como vale-